

Y si los protestantes de nuestros días, avergonzados de su origen, trabajan hasta la desesperacion por ocultar y desfigurar tales biografías, nosotros debemos sacarlas á relucir como un monumento perenne que sonroje á esos nuevos apóstoles, que, por cobrar su rentita diaria, no se avergüenzan de buscar nuevos prosélitos de tales reformadores.

CAPITULO II

DE LA NATURALEZA DEL PROTESTANTISMO EN LO
QUE SE REFIERE A LA FE Y A LA MORAL.

§ I

El Protestantismo por su propia naturaleza destruye la fe.

Si el Protestantismo, considerado en sus fundadores, es tal, que cualquier protestante honrado que sepa su historia verdadera no puede menos de avergonzarse de él, lo mismo se nos presentará si consideramos atentamente su propia naturaleza. Esfuércense sus defensores por cubrirlo con el oropel de frases estudiadas; preséntenle en elocuentes declamaciones como la obra maestra de sobrehumana sabiduría. Nada podrá purgarlo

del vicio que le acompaña é inficiona su misma esencia, como en el presente capítulo vamos á probar.

Examinemos, pues, el Protestantismo, y veamos cómo lo hicieron los que lo introdujeron en el mundo. Considerado teóricamente, no es otra cosa que la traducción de la fe, de la Iglesia y de la moral, mientras que, prácticamente mirado, se encuentra lleno de las mas palmarias contradicciones. Empecemos por considerarlo desde el primer punto de vista.

Un sencillo análisis nos persuadirá fácilmente de la verdad de nuestra primera afirmación, á saber: que el Protestantismo es la destrucción de la fe. Bajo el nombre de fe, entendemos aquí el asentimiento firmísimo del entendimiento á las verdades reveladas por Dios, y en el sentido en que las ha revelado.

Ahora bien: este verdadero concepto de la fe es incompatible con el Protestantismo, porque; negando la infalibilidad de la Iglesia, y substituyéndola con el *exámen privado de la Sagrada Escritura*, ó, mejor dicho, con el juicio falible del hombre, no puede éste nunca conocer cuáles sean las verdades que ha

revelado Dios, ni el sentido en que las ha revelado. Y nótese que no se trata solamente de aquellas verdades, pocas en número, que fácilmente pueden conocerse con la lectura de los libros espirituales, sino del conjunto de todas las verdades necesarias para la salvación, entre las cuales se encuentran necesariamente muchos misterios.

El individuo, por lo tanto, que, siguiendo los principios del Protestantismo, se constituye en juez independiente de su fe, se encuentra cual nave sin brújula; en la investigación de las verdades reveladas podrá suceder que las adivine ó que se equivoque; pero ni en uno ni en otro caso tendrá certeza ni seguridad alguna: antes por el contrario, á excepción tal vez de poquísimas verdades, en la mayor parte de las que son necesarias para la salvación, nunca podrá decir: *Esta proposición es ciertamente revelada por Dios en este sentido.*

Y siendo así, ¿cómo podrá tener aquel asentimiento firmísimo que se requiere para el acto de fe? Tendrá, á lo mas, una opinión subjetiva mas ó menos probable; pero cierta, firme y segura, jamás podrá tenerla. De aquí esa vacilación perpétua en que se encuentra

el espíritu del protestante en todo el curso de su carrera moral.

Mas como las cosas se comprenden mejor considerándolas en sí mismas que en sus abstracciones, demos una ojeada á la historia del Protestantismo, y desde luego se nos presentará este error como un desbordamiento irregular, ya se considere en su longitud, ya en su anchura.

Fijándonos en su longitud, lo vemos sufrir á cada momento innumerables variaciones en materia de fe; de donde resulta que los protestantes se hallan en continuo movimiento y sin encontrar nunca reposo, como lo han demostrado y probado Bossuet y Mohler en sus inmortales obras.

En cuanto á su latitud, encontraremos en él un carácter de perpétua disgregacion en innumerables sectas, de las cuales podrian formarse voluminosos diccionarios, como lo hicieron Pluquet, Rapp, Gregoire y Migne.*

Este doble carácter de inestabilidad y descomposicion, tan contrario á la firmeza y á la unidad de la verdadera fe, durará tanto

* *Diction. des heresies des erreurs et des schismes.* 1864.

como el Protestantismo, de cuya esencia proceden necesariamente la una y la otra.

Hé aquí probado teórica y prácticamente, *á priori* y *posteriori*, que el Protestantismo destruye el concepto y la naturaleza de la fe.

§ II

Destruye tambien la Iglesia.

El Protestantismo destruye la fe: veamos ahora cómo destruye tambien la Iglesia.

Con el nombre de Iglesia entendemos aquí una sociedad bien organizada, instituida por Jesucristo, cuya doctrina profesa, gobernada por leyes y dotada de la autoridad correspondiente. Que el Protestantismo destruye la Iglesia así considerada, lo prueban muchas razones.

Primera razon. El Protestantismo no puede probar que fué instituido por Jesucristo, puesto que nació como por encanto, de una contienda personal, quince siglos despues de haber fundado Jesucristo su Iglesia sobre Pedro.

Segunda razon. El Protestantismo carece